



Lo que la infancia me regaló

Siempre que tengo la suerte de hablar con Nino, una persona muy querida de mi infancia, me pide lo mismo: “Anda Juan Carlos, escribe un artículo sobre vuestra infancia, que fue una época muy bonita, compártela, para que no se olvide”. Y ahí va; hoy abro la puerta de dentro desde dentro, porque seguro que casi todos los de mi generación, tuvieron una infancia parecida, y relejendo la mía, traerán al recuerdo sus propias vivencias.

He tenido la suerte de tener una infancia bonita

En ella aprendí los valores del deporte, aprendí a respetar a mis entrenadores, a que sentarme en el banquillo no era un fracaso, sino una ocasión de ayudar al equipo desde otro lado, aunque yo siempre me creyese que merecía jugar.

Aprendí la responsabilidad de cortar el seto de casa, y tirar la hierba con el carrerillo, de colocar cada verano la cochera y de compartir los quehaceres de casa.

Mi infancia se benefició, de veranos fantásticos, entre pinares. Siendo niños en la edad de niños, sin acelerar la etapa. En esa época, Luisín, Miguel, Luismi, Yera, Molina, Extremiana y a veces Jesuete, eran los de la pandilla.

El verano era un tiempo largo. Las mañanas eran para investigar, hacer cabañas, unas veces de tamuja, otras con palos y tubos. Nos organizábamos para entrar y teníamos nuestra contraseña, “p a y a p e cinco” era la nuestra, nunca supe lo que significaba.

Nos gustaba escalar árboles y pasarlos de copa en copa, mientras uno se quedaba abajo vigilando que no viniese el guarda forestal con su seiscientos azul; si lo veía saltábamos, sin rompernos la pierna milagrosamente.

También preparábamos exposiciones de minerales, partiendo piedras, que brillaban por dentro, o exposición de hojas. Cazábamos renacuajos; para ello hacíamos una pistola con las pinzas de la ropa, y con el palo de un chupa Chus, le poníamos un alfiler en la punta quemándolo un poco y era la flecha.

Otras veces recogíamos botellas de cristal para entrenar nuestra puntería con las piedras.

Después a la piscina, yo no me podía bañar, por mi problema con los oídos, y miraba como cruzaban la pisci buceando sin ahogarse, o cómo se hacían aguadillas. Siempre había alguna partidilla de cartas, nos hicimos expertos en el mus, tute, dosillo, mientras escuchábamos a Supertramp, Bony Tyler o los Bee Gees con los discos de vinilo, que nosotros mismos pinchábamos.

Por la tarde íbamos “al árbol torcido” donde nos subíamos con un poco de miedo cuando venían los perros, otras preparábamos un partido de fútbol mientras tragábamos el polvo seco de los pinos.

Y después, otra vez piscina, y la merienda: siempre la misma, una barra entera de chorizo o salchichón y el currusco de la barra lo untábamos con la “nocilla casera”, de mantequilla y un poco de Cola Cao sin marca, que nos hacía mi madre.

Después del bocata, a jugar por la “urba” (por las calles): al pañuelo, a burro, a churro media manga magotero, a la cadeneta, al bote, a paquetes... Y cuando se hacía de noche, nos sentábamos a hablar en círculo al lado de la farola. Otras veces jugábamos a “atrevido, verdad o beso” con una botella.

Nos gustaban las aventuras y las teníamos, y buenas: hacer una barca con palos para cruzar el río, ir a pescar al Duero y si se enganchaba la caña caernos después al agua al ir a cogerla, secar la camiseta en una hoguera. Hacer una cabaña en un árbol y reunirnos en “el cuartel general” (un árbol donde nos podíamos subir todos, cada uno en una rama). Hacer patatas asadas bajo tierra, y probar alguna sandía de las de Chacho, sin su permiso claro.

Cuando fuimos creciendo, las fiestas las preparábamos nosotros: campeonato de fútbolín, que siempre ganaba Mimi, de ping pong, de tenis, donde siempre ganaban Miguel y Luisín, para desesperación de Paquito. Luego Verbena, carrera de cintas...

Nos desplazábamos en bici; la mejor era la Kawasaki, una bici de mi amigo Luisín que no tenía frenos y que parábamos metiendo el pie en la rueda y gastando así la zapatilla que quedaba con la marca de la rueda.

Con las bicis íbamos al pinar de motocross, donde estaba lleno de subeybas, y así de paso nos acercábamos a la urbanización de “avícola Guerra”, que estaba llena de chicas, y nos las repartíamos, aunque tontear tontábamos y los más atrevidos bailaban algún “agarrao” en las fiestas.

Por esos pinares íbamos a coger piñones, conseguimos un montón; luego los lavábamos, (los que flotaban estaban malos, y los que se hundían eran los buenos). Y si les ponías al sol para secar, se abrían y los podías pelar con una navajilla. Eso sí, según pasábamos saludábamos al Señor Arsenio y la señora Modesta.

Cuando sacaban las patatas de la tierra, unas veces íbamos a recogerlas, pero como sólo nos pagaban 500 pts para todos, dejamos de hacerlo. Luego íbamos “a la rebusca” para que nuestras madres tuviesen patatas para todo el año, pero nos teníamos que dar prisa antes de que metiesen a las ovejas, que las mordisqueaban todas.

Según crecimos hicimos “el club” en la cochera de Nino. Su casa siempre estaba abierta para todos.

Allí nos recibía con cariño la abuela Basi, devorando la lectura de sus novelas de vaqueros. (¡Qué buen modelo!), y si no había acabado, nos quedábamos a ver en su sofá “El coche fantástico”, que ponían en la tele.

En “nuestro club” teníamos una máquina de bolas “como las de los bares”, la pared llena de posters de cantantes (los que entraban en la revista Lecturas), y unos bancos hechos por nosotros con ladrillos y cemento, que siempre se terminaban cayendo.

Cuando veíamos a Agustín el jardinero regando con la manguera, se la pisábamos, y cuando miraba porque no salía el agua, la soltábamos y se calaba la cara. Bueno otras veces le pisábamos en dos sitios a la vez, a la manguera le salía como un globo y se explotaba, eso era peor, había que salir corriendo.

Los mayores fumaban, bueno y nosotros también echamos algún pitillo (eso sí, nos guardábamos la cajetilla en los calcetines y en otro sitio “menos nombrable”).

Los Domingos, algunos íbamos a misa a “Los gallineros”. La entrada era por el altar y si llegabas tarde, todos veían que no llegabas a tiempo. Si ayudabas en misa, tocando la campana para arrodillarse (aunque lo hiciésemos a destiempo), el “padre” te dejaba llevar algún libro a casa para leer.

ANDANDO A 'LA PONDEROSA'

Si teníamos algo de propinilla íbamos andando a ‘La Ponderosa’, a comprar un helado, bueno “un polo” de hielo.

Luego vino la moto, una azul de 50 cc y luego la Torrot. Con ella íbamos a entrenar, dos en una moto. Y a las fiestas de los pueblos,

sin permiso paterno, lo que nos costó alguna colleja, sobre todo cuando íbamos de noche sin luz, y tirando del cable del acelerador, porque se nos había roto (en una ocasión, a la vuelta, nos vinieron

alumbrando con el supermirafiori, eso sí después de una buena bronca de Carlos).

Cuando llegaba el otoño, se iba quedando desierta la “urba” y tenía otro encanto para los que nos quedábamos, al tener que encender la chimenea, con piñas y cuatro troncos, aunque al principio nos atufábamos pues no tiraba bien.

Y podríamos seguir tirando del hilo..., mostrando el testimonio de que sin tablet, ni móvil, pudimos ser felices

Hoy escribo por ti, Nino.

■ No culpes a nadie, nunca te quejes de nada ni de nadie, porque fundamentalmente té has hecho tu vida. Nunca te quejes del ambiente o de quienes te rodean, las circunstancias son buenas o malas según la voluntad o fortaleza de tu corazón.

No te quejes de tu pobreza, de tu soledad o de tu suerte, enfrentaré con valor y acepta que de una u otra manera son el resultado de tus actos.

Recuerda que cualquier momento es bueno para comenzar, y que ninguno es tan terrible para claudicar.

No olvides que la causa de tu presente es tu pasado, como la causa de tu futuro es tu presente.

Piensa menos en tus problemas y más en tu trabajo y tus problemas, sin aliento, morirán. Aprende a nacer desde el dolor y a ser más grande. Comienza a ser sincera contigo misma. Recuerda que dentro de ti hay una fuerza que todo puede hacerlo, reconociéndote a ti misma más libre y fuerte, dejarás de ser un títere de las circunstancias, porque tú misma eres el destino.

Levante y mira por las mañanas, respira la luz del amanecer. Tú eres parte de la fuerza de la vida. Ahora despierta, camina, lucha. Decídate y triunfarás en la vida. Nunca pienses en la suerte, porque la suerte es el pretexto de los fracasados.

